SUPLEMENTO DE ESTILO Y DECORACION DE PAGINA|12. SABADO 3 DE ENERO DE 2009. AÑO 10. Nº 515



brasileños

el premio
Design del
Museu
da Casa
Brasileira
distingue la
sencillez y la
economía de
recursos









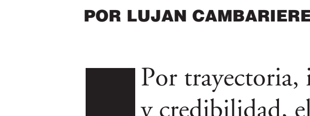


Premios y menciones: la canilla Deslizante, el lavarropas Wanka 1, la lámpara Led it be, los spot Mood, las tazas de la línea Pingada (goteada). Abajo a la izquierda, la silla Mariante y el cuchillo Atobá. Abajo a la derecha, los muebles para armar de la línea Módulo Arco, la ganadora del primer premio de equipamiento, la bicicleta fija Movement, y la rara estantería Topo.

El Oscar de los brasileños

El Premio Design Museu da Casa Brasileira distinguió ideas con sencillez constructiva y uso racional de recursos, por economía o por bajo impacto ambiental.

POR LUJAN CAMBARIERE



Por trayectoria, independencia y credibilidad, el Premio Design Museu da Casa Brasileira viene siendo el mejor termómetro y referente de la evolución del diseño en el país vecino. Un diseño que hoy más que nunca apuesta a la sustentabilidad apoyada en el uso racional de los recursos ya sea por la economía de la materia prima empleada como por su bajo impacto ambiental. Tecnología al alcance, mucha de ella, rescatando viejos oficios o saberes artesanales. Y la apuesta por un diseño que llegue a todos dando muestras de una relación más que aceitada (o por lo menos más que la nuestra) entre diseño e industria de la que da cuenta cada una de las piezas aquí presentadas repaldadas por un productor.

Buena selección la de esta 22ª edición de un premio que apodan el "Oscar Brasileño" que entre los más de quinientos inscriptos que tuvo el certamen en sus siete categorías –Mobiliario, Utensilios, Iluminación, Textiles, Equipamiento Electrónico, Equipamiento para la Construcción y de Transporte– eligió 52 piezas (entre ganadores y preseleccionadas) por un jurado de lujo (Alessandro Câmara, Alfredo Farné, Anísio Campos, Anna Milliet, Carol Gay, Flávia Pagotti Silva, Giorgio Giorgi Jr., Ivo Pons, Luis Antônio Jorge, Marili Brandao, Oswaldo Mellone, Paulo Sergio Franzosi, Túlio Mariante y Alejandro Sarmiento como diseñador extranjero invitado), expuestas en el museo hasta fines de enero.

Al rescate

De valores, historias, oficios y principalmente del planeta, parece ser el común denominador de los premiados en la categoría Mobiliario. Así la dupla de cariocas formada por Fernando Mendes de Almeida y Roberto Hirth se alzó con el primer premio por su silla Aviador. "A veces necesitamos escapar un poco del binomio forma-función y sumarle un poco de fantasía a nuestras vidas. La inspiración de esta silla viene de largo. Brazos que recuerdan los aviones que llegaron en los años '50 y una estructura en estrella que nos recuerda una hélice. Las aspas metálicas de un biplano y hasta el cuero de las chaquetas de los pilotos", cuentan los autores de una silla que ofrece el confort de un sillón. Además está construida con técnicas tradicionales de carpintería. Producida en madera certificada, cada pieza es numerada. La elección del jurado pasó por la correcta utilización de la madera, que sigue la tradición brasileña con especial referencia a Sergio Rodrigues, la escala del objeto, la estructura del mueble en sus encastres y trabas y su confort.

El segundo lugar fue para la biblioteca Topo de Fernando Rihl y Christopher Procter de Porto Alegre producida por la emblemática cadena Tok & Stok. Un sistema modular realizado con la tecnología del control numérico que permite usar el ciento por ciento del material sin sobras. Leve y fácil de transportar, estas características la hacen más barata y de menor impacto ambiental. ¿El jurado? Resaltó su liviandad, belleza, volumetría alcanzada con el plano, el justo empleo del material y su practicidad. También la economización del espacio en el almacenamiento y transporte.

Por último, recibieron menciones honrosas otras tres piezas. La silla Mariante, de nuevo de la dupla galardonada con el primer premio (Mendes de Almeida y Hirth). "Un asiento para comer o de trabajo, leve y confortable, cuya durabilidad está garantizada por los encastres de la carpintería tradicional. El proyecto está basado en dos fundamentos: simplicidad en la fabricación y economía del material", vuelven a sumar sus creadores. Los paulistas Daniel Diniz Maia y Roberto Cándido Araújo por su innovadora silla Mina de tres patas, apilable. Producida en fibra de vidrio, laminada manualmente y proyectada para ser producida en plástico inyectado. Innovación formal y producción en serie, atributos que fueron tenidos en cuenta a la hora de subirla al podio. Los módulos Arco de los cariocas Diogo Lage Souza y Eduardo Cronemberger de Faria producidos por Habto Design Ltda. "Diseñados priorizando la reducción del impacto ambiental durante todo su ciclo de vida. Las dimensiones del producto fueron determinadas por las medidas de los materiales encontrados en el mercado. Su almacenamiento y distribución es muy eficiente. El mueble es transportado en forma de placas planas, reduciendo el impacto provocado por los medios de transporte. El montaje es hecho por el propio usuario ofreciendo múltiples funciones –mesa lateral, banco o estante–. En madera de teca o eucalipto, proveniente del reforestamiento y su revestimiento es realizado con material producido a partir de residuos de industria del cuero", resumen sus creadores.

Mientras que en la subcategoría prototipo, se llevaron menciones el sofá Namoradeira Xaveco de Ricardo Barddal de Florianópolis. Un asiento curvado realizado en fibra de vidrio y estructura de acero inoxidable en la base, con la que su autor dice apostar al relax y sensualidad típicos del "bien estar y ser brasileños".

Y la silla Troca de los cariocas Zanini de Zanine y Flavio Faccini que parte del concepto del cambio ya que está conformada por tres placas, cada una de un color distinto, intercambiables que permiten jugar con la pieza.

Beleza pura

En el empleo de los materiales y formas destaca a los premiados de la categoría Utensilios, donde se tiene más que bien ganado el primerísimo primer puesto la percha Bambu de Takeshi Sumi de San Pablo. Una pieza que apela al empleo de un material bellísimo, ecológico y no lo suficientemente explotado, marginado o subutilizado, aun en el diseño, como es el bambú. Sumándole, según aclara su autor, los conocimientos adquiridos con uno de los artesanos que más sabe del material, Eduardo Nakayama. "El bambú debidamente tratado es cortado en tiras pasando enseguida por un proceso de curvado por uso del calor del fuego. Forma delicada y sistema constructivo que prescinde de elementos de fijación", señala Sumi como sus atributos. Mientras que, de nuevo, Pereira Hirth y Mendes de Almeida cuelan ganándose el segundo premio por su cuchillo Atobá, creación que apela a otra manía nacional: la del churrasco. Por último, esta categoría destinó dos menciones a piezas realizadas en porcelana por el mismo trío de diseñadores de Curitiba –Luiz Pellanda, Henrique Serbena y Aleverson Ecker–, producidas por Holaria Cerâmica Contemporânea/Germer Porcelanas Finas S/A. La Pingada. Una línea de café inspirada en el tradicional vaso de vidrio utilizado en bares y confiterías. Y una colección de jarrones, la Coral Eden, inspirada en las formas de las criaturas marinas que habitan los corales. "La belleza de las formas orgánicas es transportada a la porcelana. Explorando la fantástica plasticidad y organicidad del material como en el Ascidia, en homenaje a un tipo de organismo marino con una forma muy peculiar", rematan.

Tres en uno

La categoría Iluminación tuvo un solo ganador –el paulista Fernando Prado– que se alzó con todos los premios (1ro, 2do y la mención). Diversidad de formas y funcionalidad, además del uso racional de la energía, son algunas de las características de sus piezas, como la familia Kube realizada a través de los mil usos que le encontró a un único perfil de aluminio a través del cual montó toda una línea completa de luminarias con diferentes tamaños, usos de lámparas y efectos de luz. Las Led it be, en aluminio, ideada especialmente para la lectura con un brazo articulable y la utilización de un power LED de 1W, que proporciona una luz eficiente de bajo consumo y sin emisión de calor. Y las Mood, un sistema enganche por "plugs" que permite que las piezas sean removidas fácilmente.

Electrónica bajo presupuesto

Un segmento donde el diseño da el presente con frecuencia en Brasil, sobre todo apelando a opciones que sean accesibles a los segmentos populares (una apuesta que siempre vale celebrar), también dieron cuenta de varias innovaciones. Una fue la propuesta por un reconocido diseñador y su team, Guto Indio da Costa junto a Felippe Bicudo, Camila Fix, Augusto Seibel, Gustavo Russi, Felipe Rangel, Ricaro Sá Freire y Adauto Marçal, con su equipamiento para fitness Movement linha E. Una máquina para aumentar la capacidad cardíaca producida por Brudden Equipamentos Ltda. En la misma categoría, la mención fue para la lavadora Mariana Wanke de Marcos Sebben, Eduardo Sanches, Glademir Prestini, Frederico Prates Verícimo, Piero Luigi Picinini, Design Inverso - DI Planejamento Visual Ltda. de Joinville, producida por Wanke S.A que apela al menor uso de energía eléctrica gracias al empleo de un motor de baja potencia y eficiencia en el proceso de lavado por el consumo de agua adecuado. Tamaño compacto ideal para espacios pequeños y bajo precio, ideal para consumidores de bajo ingreso.

* Museu da Casa Brasileira: Faria Lima 2705, San Pablo, www.mcb.sp.gov.br.



Y en Nueva York también

La Gran Manzana comparte ciertos problemas con nuestra Buenos Aires, como el de la caótica e ineficiente protección de edificios. En esta nota, un relato de los problemas de la Comisión de Preservación de Nueva York.

POR SERGIO KIERNAN

El año pasado, los porteños ganamos un juicio crucial para el patrimonio. El caso era el de la casa Bemberg, en Montevideo 1250, un bello palacete francés que un buen día apareció con un cartel avisando del "remate de antigüedades" previo a la demolición. El edificio estaba en trámite de catalogación pero nadie le había dado la menor pelota al tema: el que vendió al edificio lo vendió como si fuera un terreno vacío, el que lo compró lo compró como si el palacio ya no estuviera, el gobierno porteño extendió los permisos de demolición como si la catalogación no tuviera la menor entidad. De lo único que se hablaba era de la ubicación privilegiada, de los metros que se podían construir, de la "nueva forma de vida" que se le iba a vender al público.

El entonces flamante grupo Basta de Demoler, que acababa de perder un amparo para proteger un petit hotel en Callao y Paraguay, decidió volver a intervenir. Esta vez contaban con una carta en la manga, que era el talento de Diego H, asesor de la diputada Teresa de Anchorena y un fino cerebro jurídico. H encontró el argumento de oro para que los jueces entendieran qué se jugaba. No era sólo una parte de nuestra historia amenazada, no era apenas un edificio hermoso a punto de desaparecer para ser reemplazado por una porquería comercial. Era también que el Ejecutivo no puede permitir una demolición hasta que se expida el Legislativo, de lo contrario impide que un poder cumpla sus funciones y crea un conflicto *de rango constitucional*.

Basta de Demoler ganó el amparo y la Ciudad apeló, sólo para recontraperder con una Cámara que dijo que el principio de no interferencia se aplicaba no sólo a la casa Bemberg sino a todo edificio en la misma situación. Fue un día memorable.

Una cosa que los porteños podrían hacer es enviarles copia de lo actuado a los preservacionistas de Nueva York, que se enfrentan a problemas similares y también recurren a la Justicia. Nueva York es la capital mundial de la libertad de empresa, del rascacielos de ínfima calidad y del arquitecto comercial que "se expresa" y no acepta límites. Si entre nosotros hay pajarones que dicen cosas como que hoy "se construye el patrimonio de mañana", en las latitudes norte son bandadas.

Por eso no extraña que la catalogación de edificios sea difícil, lenta y complicada en Estados Unidos. Los preservacionistas neoyorquinos acaban de ganar una batalla legal cuando lograron que la Corte Suprema del Estado de Nueva York le ordenara a la Comisión de Preservación que después de ocho años haga lugar a un pedido de agrandar lo que nosotros llamaríamos un APH en Brooklyn. La corte le puso así un límite a la técnica favorita del ejecutivo de Nueva York, el pedaleo interminable.



El tema se originó en 2000 cuando un grupo preservacionista pidió la extensión del Distrito Histórico de Park Slope, un barrio de 44 manzanas de casas de época casi perfectamente intacto. Este conjunto está formado por lo que por allá llaman *brownstone* porque el noventa por ciento está revestido con la piedra local, que es marrón clarito. Todos conocemos estas casas por el cine y sabemos que suelen tener un semisótano y tres pisos elevados, con una escalera de acceso desde la vereda a la puerta principal.

Los preservacionistas le pidieron a la Comisión de Preservación de Edificios –Landmarks Preservation Commission– que extendiera el distrito de modo de abarcar otros tipos de arquitecturas como las casas frente al parque Garfield, conocidas por sus bay windows y sus ornamentos de hierro a la filigrana. La comisión se tomó su tiempo para contestar siquiera y recién en julio de 2001 le mandó una carta al Concejo de Distritos Históricos diciendo que revisarían el caso y lo tendrían muy en cuenta. Fue lo último que alguien escuchó del asunto.

En marzo, los preservacionistas les iniciaron juicio a los directivos de la Comisión. Esto es un detalle notable del derecho norteamericano que deberíamos imitar: el juicio fue contra los directores, no contra la Comisión, lo que suele movilizar mucho más las cachas de los funcionarios. A fines de noviembre, la Corte les dio la razón a los demandantes y dijo que la demora era "arbitraria y caprichosa" y le ordenó trabajar como corresponde, con tiempos reales y decisiones bajo calendario. Los jueces le explicitaron a la Comisión que no se referían sólo al caso de Brooklyn sino a todo el sistema en general, ya que "dejar languidecer los pedidos de catalogación destruye la misma razón de ser de la Comisión y ayuda a la pérdida de edificios irremplazables".

En los seis meses que tomó el juicio, el diario *The New York Times* se puso a investigar qué pasaba con la Comisión y descubrió que la agencia sufre una mezcla de presunción, indiferencia hacia el patrimonio, alergia a molestar al intendente y falta de fondos y personal para hacer su trabajo. Este panorama tan argentino se completa con una verdadera tradición de opacidad, en la que la Comisión nunca da explicaciones, nunca explica en qué andan los trámites y nunca informa por qué rechaza o acepta una catalogación.

Los críticos cuentan que es imposible enterarse de por qué la Comisión dice que no. Peg Breen, que participa del grupo New York Landmarks Conservancy, dice que sería bueno "que aunque sea nos dijeran que un edificio estaba ya muy alterado, o que era un mal ejemplo de un estilo... algo". Los defensores admiten fallas, pero señalan con orgullo los logros de la Comisión.

El *Times* hizo la cuenta, que no les da tan mal para el standard porteño. El año pasado, la Comisión catalogó 22 edificios y tres interiores –la ley permite proteger ciertos ambientes que sean únicos– y creó tres APH con un total de 1158 edificios. Este tipo de números son los que les daban risa a los ministros de Planeamiento Urbano de los seudoprogresistas Ibarra y Telerman, pero ni en Estados Unidos parecen exagerados.

De hecho, en Nueva York parecen pocos y la historia continúa con los edificios que no fueron protegidos por la Comisión. Un ejemplo es el edificio Tiffany, en la Quinta Avenida y la calle 57, en Manhattan, que en 1998 fue presentado para su catalogación por la ONG Modern Architecture Working Group. La Comisión les mandó una carta acusando recibo de la propuesta, y eso fue todo por tres años. En 2001, los preservacionistas volvieron a presentar su carpeta y esta vez la Comisión se dignó agregar que "encontraba méritos" para estudiar la catalogación del rascacielos de 1940. Fue lo último que alguien escuchó hablar del Tiffany y la Comisión en estos nueve años.

Como el edificio Tiffany es grande, famoso y carísimo, básicamente está a salvo de demoliciones, lo que no es el caso cuando se demoran por años catalogaciones de objetos más chicos. Un caso simbólico fue la casa Kean, en el muy caro y elegante sector de Lexington Avenue pasando la altura de Central Park. La casa Kean fue originalmente un par de *brownstones* erigidas en 1880, pero en 1922 las dos casas fueron compradas, unificadas y remodeladas en un estilo mediterráneo con detalles de estucados rústicos y ventanales de emplomadura. En 2007, el grupo Amigos del Upper East Side logró una entrevista con el director de la Comisión y le planteó que había que ampliar la APH que protege esa zona tan bien construida y tan cara, que sufría las mayores presiones de los desarrolladores inmobiliarios. Los Amigos esperaron por meses alguna respuesta, pero sólo en marzo de 2008 recibieron una carta que decía que "se estudiaba el pedido". Preocupados, en junio los Amigos pidieron que la casa Kean fuera protegida individualmente. Lo único que lograron fue verla inmediatamente rodeada de andamios y obreros que removieron los ventanales de vitrales y las puertas talladas, cerrando todo con tablones.



Cuando los preservacionistas se quejaron, el director de la Comisión se ofendió y les explicó que "no podemos andar cambiando la ley cada vez que alguien hace un pedido de preservación", curiosa definición para una agencia oficial encargada de, justamente, cambiar la ley cada vez que alguien pide una preservación.

La lista de edificios perdidos antes de que la Comisión se dignara contestar es tan larga que la Corte le ordenó que formalice sus procedimientos y responda a cualquier pedido antes de los 120 días. La Comisión se rehúsa a aceptar esto porque dice que no tiene presupuesto ni personal. Es curioso: en 2007, la Comisión rechazó un aumento de presupuesto del 15 por ciento afirmando que no le hacía falta, evento seguramente único en los anales de la burocracia mundial.

Pero lo que la Comisión no quiere en realidad es cambiar sus procedimientos internos. Resulta que la agencia se compone de doce miembros, de los cuales once son ad honorem y uno, el presidente, recibe un muy buen salario. Los once que trabajan gratis son, por ley, tres arquitectos, un urbanista, un historiador, un agente inmobiliario y cinco vecinos de los cinco barrios en que se divide formalmente la ciudad de Nueva York. Pero el único que puede tomar decisiones vinculantes es el director, que "consulta de modo informal" a los otro once. Esto es, si el director quiere, la Comisión está pintada.

No asombra que la agencia no tenga archivo, no guarde sus resoluciones, no tenga siquiera un mapa completo de lo que catalogó y lo que rechazó, y sea hasta incapaz de contestar qué argumentos ganaron o perdieron una catalogación. El pequeño grupo de funcionarios que maneja la Comisión está tapado de trabajo, porque la agencia recibió este año que terminó más de diez mil pedidos de permiso para alterar, reparar o restaurar edificios ya protegidos, cosa que no se puede hacer sin permiso.

Según parece, la falta de democracia y transparencia en los procesos administrativos lleva a crear kioscos ineficientes. Que de paso les resultan de lo más convenientes a ciertos millonarios que hacen negocios inmobiliarios.